

menosprecio religioso por todos los demás pueblos, y de la pereza elevada á la altura de un dogma, han matado en el Oriente la industria, la agricultura y las artes (1). Un buen musulman se avergonzaria de comprometerse con los *Giaurs* por relaciones de industria y comercio: se creeria deshonrado si se esmerase en cultivar sus campos fértiles, y no se contentase con lo que espontáneamente le produce la naturaleza. Hé aquí porqué la civilizacion musulmana lo ha dejado perecer todo en torno suyo, cuando se hubo apagado el fuego de los combates, y se estableció como culto el goce de los sentidos. Dios reservaba á aquella Asia tan turbulenta y frívola morir lentamente en la miseria, en el silencio de la pereza, bajo una dominacion que ha hecho del Oriente una vasta *necrópoli*.

3. En tanto que acontecimientos de tanto bulto se preparaban en el Oriente, el pontificado de Bonifacio V se pasaba entre las solicitudes pastorales. Imploraba la Inglaterra su proteccion. El rey Ethelbaldo y el obispo san Justo escribian al papa dándole cuenta de aquellas nacientes cristiandades, y de lo que trabajaban para consolidar la fe. El papa respondió á Justo muy graciosamente, le remitió el palio y le otorgó el poder de consagrar obispos. Edwino V, rey de Northumbria, se mostró muy favorable á los cristianos: queriendo casarse con Edelberga, hija de Ethelbaldo, que era cristiana, le prometió plena y entera libertad de seguir su religion, y además declaró que él mismo se haria cristiano despues de maduro exámen. Bonifacio le escribió moviéndole á ello con muchas razones é instancias, y envió varios presentes al rey y á la reina. — Las Galias vieron florecer en este tiempo un gran número de personajes eminentes en virtud, tales como san Arnulfo, san Roman, san Didier, san Faron y san Goerico, á

(1) Es menester confesar que, al menos en España, no solo no estaban atrasadas la agricultura y las artes, sino que hasta eran muy protegidas por los califas de Córdoba. Las obras de moros pasan aun hoy dia por verdaderos modelos de arquitectura: se sabe que eran muy buenos agricultores los Árabes de España, y que Córdoba era una universidad muy célebre y concurrida entre ellos. Contamos muchos centenares de escritores árabes españoles de gran mérito.

(El Traductor.)

quien nombró de su corte el rey Clotario. [En España florecian tambien gran número de varones ilustres en ciencias y santidad, de los cuales hablaremos al fin de este capítulo.] Por este mismo tiempo, un monje cismático, Agrestino, fomentaba grandes turbaciones en varios monasterios de las Galias. Habia sido algun tiempo secretario de Teodorico (Thierry), y luego habia abrazado la vida monástica bajo la direccion de san Eustasio, sucesor de san Columbano en Luxovia; pero su movilidad de ánimo le hizo dejar el monasterio so pretexto de ir á convertir idólatras: partió para la Baviera, y de allí á Aquileya, en donde se hizo partidario de los *Tres capítulos*; tal fué el fruto de su desgraciada mision. Cuando volvió á Luxovia, viendo san Eustasio su terquedad en el error, se creyó obligado á arrojarle de su comunidad. Mirando Agrestino como un ultraje esta conducta, por vengarse atacó la regla de san Columbano, y por las intrigas de Abeleno, obispo de Ginebra, pariente suyo, logró la convocacion de un concilio en Macon para el año 620; mas no compareció á él sino para verse condenado. San Eustasio hizo ver cuán infundados eran todos sus agravios: porque se reducian á echar en cara á san Columbano la prescripcion de algunas prácticas disciplinares que parecian algo minuciosas ó sobrado multiplicadas. Los obispos, no hallando cosa importante en estas quejas, exhortaron á Agrestino á que pidiese perdon á san Eustasio, el cual le admitió inmediatamente al ósculo de paz y comunión. Agrestino habia sabido atraerse á san Romarico, que acababa de fundar la abadía de Remiremont, llamada así de *Romarici mons*, por su nombre: esta abadía, compuesta de dos monasterios, uno de hombres, otro de mujeres, vivia bajo la regla de san Columbano. Luxovia era pues como un seminario de las instituciones monásticas que poblaron las Galias, y de cuyos monasterios salieron gran número de santos. San Deicola, mas conocido hoy bajo el nombre de san Dié, fundó en la diócesis de Besanzon el monasterio de Lurá; san Valerio y san Valdalen fundaron en la Neustria la célebre abadía de San Valeri: san Donato, obispo de Besanzon, fundó en esta

ciudad el monasterio de San Pablo, bajo la regla de san Benito y san Columbano. — En 625 se reunieron en Reims los obispos de las Galias. La atención de este concilio nacional fué principalmente hacer desaparecer los restos de la idolatría y paganismo que aun existían en las Galias. Se prohibió observar las ceremonias paganas, comer con los paganos viandas ofrecidas á los ídolos, ó asistir á sus sacrificios. Se confirmaron los decretos del concilio de París, al cual se da el título de general, porque asistieron á él obispos de todas las provincias de las Galias.

4. Ilustraban á la sazón su siglo muchos santos doctores que, si no en la elegancia y pureza clásica de los antiguos, no les iban en zaga en cuanto al fondo. Sofronio, monje de Alejandría, compuso himnos sobre los principales hechos del Evangelio, y muchas odas sobre las virtudes cristianas. Juan Moscho, su amigo y paisano, vino á concluir su larga y noble carrera á Roma, donde escribió el *Prado espiritual*, colección de milagros y raros ejemplos de virtud, que el autor compara á flores que esmaltan una bella pradería. San Anastasio, presbítero y monje del monte Sinaí, de donde le vino el nombre de Sinaíta, defendió la fe católica contra las diferentes sectas del eutiquianismo. La obra más célebre es la *Guía*, método de controversia contra los herejes, escrito en estilo cerrado y conciso, que más tarde se llamó *escolástico*. Propone dos modos de discusión contra los herejes: el uno, argumentos sacados de la sagrada Escritura; el otro, raciocinios de lógica, sacados de los santos Padres y autores eclesiásticos. En el Occidente florecía san Isidoro de Sevilla, una de las mayores lumbreras del siglo VII. Gobernó durante cuarenta años la iglesia de Sevilla, y dictó sapientísimas y prudentísimas reformas. Lo que había hecho Boecio en Italia, lo hizo san Isidoro en España: resumió todos los conocimientos científicos adquiridos hasta esa época, de un modo tan claro y elemental, que pudo iniciar al Occidente en todo cuanto útil nos había legado la antigüedad. Su principal obra en este género fué la de los *Orígenes ó Etimologías*, que compuso á instancias de su amigo

[y no menos sabio] san Braulio, obispo de Zaragoza. Es una verdadera *Enciclopedia* del siglo VII: gramática, historia, retórica, dialéctica, aritmética, geometría, música, astronomía, medicina, jurisprudencia, historia natural, arquitectura, todo, todo lo abrazó metódica y brevemente. A estos trabajos gigantescos añadió san Isidoro una *Crónica* ó compendio de historia universal desde la creación hasta el año 620 de Cristo; escribió además una *Historia de los reyes Godos, Vándalos y Suevos* en España; un *Catálogo de los escritores eclesiásticos*; un libro sobre la *Vida y la Muerte de los santos de ambos Testamentos*. No bastaron á absorber estos trabajos la imaginación profunda y superior ingenio de Isidoro de Sevilla: puso en orden y publicó los antiguos cánones de la Iglesia, al uso de la España, compilación preciosa conocida bajo el nombre de *Colección española*, cuyo estudio hizo obligatorio el cuarto concilio nacional de Toledo. Esta colección, redactada con el mayor orden, método y claridad, conserva aun hoy día inmensa autoridad por el raro mérito de no encontrarse en toda ella una sola pieza ó documento que no sea genuino y auténtico. San Isidoro dice en su prefacio: « A los cánones de los concilios » añadimos los decretos de los romanos pontífices, porque su » autoridad, fundada en la supremacía apostólica, es á todas » luces indispensable. Respecto de los cánones dichos de los » *Apóstoles*, como no los recibe la Santa Sede, ni han adherido á ellos los santos Padres, no tienen autoridad canónica, » y están colocados en la línea de los apócrifos, sin que por » ello desmerezca lo que hay de útil en ellos. » — [Florecían también por este tiempo muchos prelados santos y sabios, así como abades y monjes, cuyos manuscritos han perecido casi en su totalidad en las irrupciones de los Árabes. San Leandro, san Fulgencio de Écija, san Braulio de Zaragoza, san Ildefonso de Toledo y el sapientísimo Tayon, arzobispo también de Toledo, escribieron varias obras: solo nos quedan algunos fragmentos considerables de san Ildefonso y de Tayon. Este fué el primero que en el Occidente trató de teología con el método llamado escolástico. Su principal obra se intitulaba

*Sententiæ Patrum*: parece la dividia en varios libros. Solo se conocen algunos extractos dados por el arzobispo de Rodrigo. Habia además en aquella época muchos santos y santas, entre las cuales santa Florentina, hermana y *maestra* de san Isidoro, como este mismo lo dice. Era mujer superior en letras y en santidad, y fué abadesa de un convento de monjas en Cartagena.]

5. El fin del pontificado de Bonifacio V fué feliz y abundante en grandes santos é ilustres doctores: murió este pontífice en 25 de octubre de 625, á tiempo que el Oriente estaba en fuego por las guerras entre Heraclio y los Persas, y la funesta invasion del mahometismo.

§ II. PONTIFICADO DE HONORIO (1.º mayo de 626-12 de octubre de 638).

6. Al advenimiento de Honorio al trono pontifical, el estado religioso del mundo hacia presentir grandes borrascas durante su gobierno. Las conquistas del mahometismo, circunscritas en un principio á la sola Arabia, se extendieron precipitadamente hasta Jerusalem y principales provincias de la Siria; [pero ¡oh ciega presuncion de los hombres fascinados por luchas intestinas! Preocupados entonces los hombres de Estado con sus luchas intestinas, locas y estériles, no previeron el cataclismo que amenazaba anegar al mundo todo; y se despreció como pasajera la invasion de unas cuantas hordas árabes indisciplinadas y fanáticas]. Las victorias de Heraclio contra los Persas parecian garantía segura de las que sus armas lograrían sobre las del islamismo apenas se presentasen en batalla. En el entretanto, el Occidente progresaba en su movimiento hácia la fe; [y no sin providencia especial del Señor, el siglo VII dejó tan arraigada la religion en España, que se ve en ello el divino prodigio de robustecer á esta nacion heroica para estar dignamente preparada á la lucha que antes de un siglo se habia de trabar cuerpo á cuerpo, por espacio de ochocientos años, entre los hijos de la fe y los satélites de Mahoma]. Naciones poco há bárbaras, los Godos en España, los Francos en las Galias, los Anglo-Sajones en la Gran Bre-

taña, se esmeraban como á porfia en arreglar sus costumbres y en establecer una legislacion cristiana. La eleccion de Horacio fué confirmada, por esta vez, no por el emperador, sino por su lugarteniente el exarca de Ravena.

7. El nuevo papa trató de conciliar las provincias eclesiásticas del Occidente. Las de Istria estaban aun infectadas del cisma de los *Tres capítulos*, que separaba setenta obispos de la unidad: Honorio logró felizmente reunirlos. Mas para terminar enteramente el negocio, el papa se vió obligado á deponeer á Fortunato, obispo de Grado, uno de los metropolitanos de la Istria, y el mas tenaz. La sentencia contra Fortunato se halla complicada con una cuestion política. Venecia, ciudad fundada de improviso en medio de las aguas por pobres pescadores que huian de Atila y deseaban ponerse al abrigo de sus tropelías, habia aumentado considerablemente en potencia, habitantes y dominios. Bajo la proteccion de los emperadores romanos, Venecia se habia erigido en república y ejercia una especie de soberanía sobre las provincias circunvecinas: la Istria dependia de su dominacion. Fortunato se puso al frente de un partido que queria sacudir el yugo de Venecia y reunirse al reino de los Lombardos. La Santa Sede, conciliadora y moderadora suprema entre los imperios cristianos, y como tal defensora nata de los derechos legitimos, no podia autorizar con su silencio semejante injusticia; y Honorio acogió favorablemente las quejas de la república veneciana contra el prelado culpable, y terminó la cosa pronunciando solemnemente su deposicion en el año 628. Por otra parte el papa intervino á favor de Adaloaldo, rey de los Lombardos, á quien queria destronar una faccion arriana, capitaneada por Arioaldo. Reprochando vivamente Honorio á los obispos de la provincia Transpadana, infieles al juramento que habian prestado á Adaloaldo, escribe á Isaac, exarca, que apenas restablecido Adaloaldo en el trono de sus mayores, le envíe á aquellos obispos á Roma para proceder jurídicamente contra ellos. Esto pasaba en 627. Este mismo papa ajustó la paz entre el obispo de Caller y sus clérigos rebeldes; y en fin logró el papa re-